Anelio Rodríguez Concepción

HISTORIA ILUSTRADA DEL MUNDO

PRE-TEXTOS
NARRATIVA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: *Abuela Lola y papá,* Archivo de la familia Rodríguez Concepción.

1ª edición: noviembre de 2017

© Anelio Rodríguez Concepción, 2017
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2017
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-17143-07-7
DEPÓSITO LEGAL: V-2741-2017

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

MAMÁ
(DEDICATORIA, INVOCACIÓN Y PRÓLOGO)

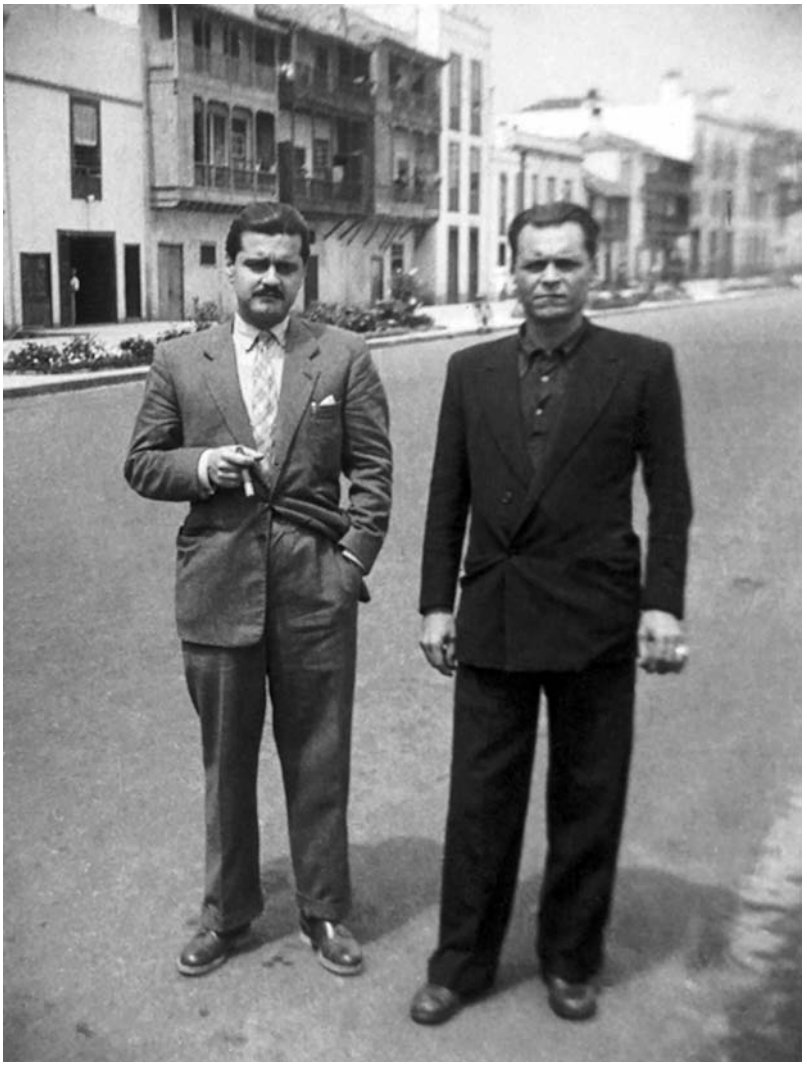


Queridísima Manola, por desgracia no alcanzo a describir la calidez de madonna *ni la fascinante mezcla de candor y picardía con que tu personalidad se agrandaba más allá de los contornos de la emoción. Disculpa la torpeza, pero las palabras precisas se me escapan sin remedio. A veces sueño en vano con ellas: aletean muy alto, se alejan con su reguero de vocales abiertas, redondeadas por la luz de la memoria, que se vuelve gratitud.*

Así que para invocarte sólo diré «mamá». Y ya. «Mamá» contiene el mundo y contiene las sombras de todos y cada uno de nuestros seres queridos que confluyen en tu propia sombra para convertir el recuerdo en mito y el mito en recuerdo.

Este álbum es tuyo. Para ti entero, mamá.

ABUELO ANELIO Y PAPÁ



CORTADOS por el mismo patrón, durante algún tiempo a primera vista parecían hermanos. Pero no. El carácter los distinguía, y de qué modo. No es que pusiera a cada uno en su sitio. El padre era como un chiquillo y el hijo como un señor que mide cada paso sabiendo lo que se debe hacer y lo que no en cada momento. Abuelo Anelio pertenecía a la estirpe de los loquinarios que gustan de liarse la manta a la cabeza y, adelante y de frente, apuran el paso hacia lo desconocido, salga el sol por Antequera. De haber sido coetáneo de Cristóbal Colón, a buen seguro que se habría enrolado en una de las tres carabelas. Papá sólo heredó de él la lágrima fácil, la diabetes tardía, la hechura de los huesos, sobre todo el boceto del cráneo augusto, y el nombre, que no es poco; pero lo demás le vino por rama materna: temperancia que desembocaba en elegancia natural, discreción que desembocaba en sentido de la responsabilidad: además de conocer el percal de lo que se traía entre manos, papá administraba bien

los silencios al hablar, lo que le bastó para sobrevivir como precoz cabeza de familia, con apenas catorce o quince años, en el desquiciado período de guerra, cuando de repente y por narices hubo de trabajar como contable en una empresa platanera de San Andrés y como cartelista del cine de Los Sauces para paliar en la medida de lo posible la ausencia de su padre, preso durante casi un lustro en las cárceles del bando nacional. Porque en efecto abuelo Anelio, aunque nunca hizo daño a nadie, eso quién lo duda, pagó como un delito la conciencia de paria de la tierra. Es cosa probada que una noche cuatro vecinos se lo llevaron de casa a punta de pistola y en un alpendre le dieron tal paliza que por poco lo mandan directamente al cementerio. El primogénito, un niño aún, fue obligado a presenciar la escena. Al parecer tenía que ver con sus propios y despavoridos ojos qué clase de trato merecía un ateo sin alcurnia. Después de mostrarle cómo se las gastaban, los miembros de aquella patrulla de Acción Ciudadana advirtieron al chico que no le convenía seguir los pasos de su padre, y de madrugada, como despedida a la luz de la luna, le provocaron una hemorragia intestinal con dos terribles patadas en las posaderas. Desde entonces abuelo Anelio desapareció del pueblo y de su gente, como si se lo hubiesen comido crudo. Tras pasar varias semanas en la cárcel del antiguo convento de Santo Domingo, fue trasladado a Tenerife con varias decenas de desgraciados de toda laya,

entre los que no faltaban alcaldes ni concejales ni masones ni maestros de escuela ni poetas satíricos. Lo acusaron en un juicio rápido, guiñolesco, de comandar en los montes del municipio de Barlovento una tropa de cincuenta vecinos insurgentes contra el gobierno insurgente. Antes de condenarlo, el señor juez le preguntó, por seguir con el paripé, si tenía algo que objetar, a lo que él respondió que sí, que en Barlovento, por lo menos en aquel año 36, apenas había censados unos veinte varones mayores de edad, y no todos afectos a la República. Su señoría rebufó y como quien espanta moscas dio un golpetazo con el mazo de caoba para rematar sofismas. Así que abuelo Anelio fue a parar a una gabarra que cumplía las funciones de cárcel flotante frente a las costas de Anaga y desde la cual cada noche arrojaban al fondo del mar a un preso maniatado dentro de un saco mientras los demás, haciéndose los dormidos, tumbados de lado en cubierta, se rendían al terror insomne. Luego, como a tantos otros, le tocó en suerte el destino provisional, para muchos definitivo, del presidio de Fyffes, antiguo almacén de una productora platanera inglesa donde se hacinaban cientos de reos extraídos, como muelas del juicio, y sin anestesia, de la nueva concepción de España. Menos mal que salió por su propio pie, aunque irreconocible a causa de la desnutrición, con la amnistía del 41. Pudo contarlo. No obstante, por decoro o por vergüenza ajena, en adelante apenas ofreció detalles de la experiencia carcela-

ria, jalón fundamental en una biografía que parecía instilada por la pluma juvenil de don Pío Baroja. Elementos novelescos no le faltan. Desde el principio. Hijo de una campesina soltera, guapetona de pómulos prominentes, y de un burguesito adúltero de pequeña ciudad portuaria, fruto por tanto de lo que antaño se conocía en voz baja como pasión ilícita, abuelo Anelio nació y creció sin miedo a nada en el pueblo de Tijarafe, desde donde se ensanchan los atardeceres más sangrosos y los mares más prometedores. Cuando no era sino un aprendiz de zapatero remendón, decidió adoptar, como no podía ser de otro modo, la pose de diletante anarquista, o mejor anárquico, más tarde cristalizada en el compromiso difuso del revolucionario de boquilla, es decir, del republicanismo macerado en mil tertulias de taller, donde por cualquier injusticia que saltase a la vista se pedían cuentas a los dioses y en fin se relativizaba todo porque todo al cabo es engañoso y maleable, incluso las ideologías. Digamos que en su no muy largo periplo vital, sin romper la rutina doméstica y sin tomar parte activa en la orientación ni en el funcionamiento de ninguna célula de ningún partido político, abuelo Anelio tuvo tiempo y arrestos para pasar de anarquista de medio pelo a comunista, de comunista a socialista, de socialista a republicano a secas, de republicano a secas a antifranquista con mordaza y retranca. Por añadidura, en sus últimos años se comportó como un cervantino hasta la médula, no porque

fuera seguidor de don Quijote, cuyas andanzas disfrutó y hasta imitó mientras nada ni nadie se lo impidiese, sino porque su actitud de resistente al pimpampum del mundo, tras tanta penuria y tanto batacazo, se basaba en la comprensión, que no en la aceptación, de las debilidades humanas. Para llegar a ese punto de bonhomía hay que saber pasarlas canutas, reírse a mandíbula batiente de las grandes cuestiones y los grandes estados y saltar descalzo sobre la hoguera de las vanidades, aunque chamusque. Como Cervantes, abuelo Anelio cargó sobre sus espaldas una estrella azarosa, a veces propicia, que no excluía la inquietud viajera. Con veintipocos años emigró a Cuba, desde donde, en cuanto se hubo asentado como artesano del cuero, por carta mandó a llamar a Lola, su novia de Santa Cruz de La Palma, que enseguida fue a su encuentro con un bebé en brazos, mi padre, en la bodega comunitaria de una carraca. A partir de ahí nada era imposible. La familia crecería feliz y fatigosamente, primero en Santiago y poco más tarde en La Habana. Allá, en un Estado joven no hacía mucho desenganchado de la Corona española, sus primeros hijos recibieron una más que digna educación pública, impensable aún en la madre patria. Recibieron, también, nombres ajenos al santoral: Anelio, Armonía, Édison y América. El clan se incrementaría, tras regresar sin un duro a Canarias, con el nacimiento de Volney (que murió muy pequeño, de gripe), Vida, Solidario, Iris, Oníbil y Holanda. Era evidente

que para abuelo Anelio el fondo y la forma de las palabras debían implicarse en su proyecto de vida inspirado en la liberación de los hombres según propone el *Himno de la alegría*. Estos mimbres no eran nuevos ni raros en La Palma. La costumbre de imponer nombres laicos y significativos, abonada con los rescoldos de la Ilustración y regada con el izquierdismo internacional a comienzos del siglo xx, caló hondo en la clase obrera de la isla, pionera en Canarias en la convocatoria de huelgas y en la organización de bibliotecas, confederaciones, cajas comunes, escuelas nocturnas y veladas literarias. Así, en el registro civil de su pequeña capital se inscribirían, con mayor ahínco antes de la guerra, nombres tan peculiares como Acracia, Adolia, Almanzor, Anatolia y Anatolio, Apolo, Arabia y Arabio, Araminta, Argólida, Ariel, Arley, Arminda, Arquímedes, Asidalia, Bélgica, Bohanerges, Catula, Clemensor (versión sui géneris de Clemenceau), Complaine, Cropoquín (por el ideólogo anarquista Kropotkin), Cristólita, Cruzkaya (por Krúpskaya, patronímico de la esposa de Lenin), Darwin, Democracia, Dorisol, Enervino, Engel (por Engels), Estalin (*sic*), Etna, Febles, Fidio, Florisel, Frean, Galaor, Gerineldo, Grenoble, Heráclito, Hermelandro, Idea, Inerto, Lenin, Life (con pronunciación castellana), Loira, Lúger, Marconi, Náyade, Neido, Nérida, Nínive, Nubia, Onelia, Orestes, Parménides, Paulova, Plinio, Rizal, Sócrates, Tesalia, Venius,

Volga, Voltaire, Yármila y muchísimos otros de similar índole que ningún decreto ley pudo borrar del uso cotidiano. Abuelo Anelio justificaba los nombres de sus hijos con vibrantes argumentos asociados a la novelería propia de aquellos aires de libertad, cuando no a una suerte de resistencia encubierta e inútil frente al convencionalismo: el de Anelio-hijo procedía de Anelio-padre, y punto, y así debía continuar con cada primogénito de futuras generaciones; el de Armonía expresaba un cándido deseo de equilibrio y belleza; el de Édison reconvertía el apellido del gran inventor de Illinois en homenaje a la creatividad benefactora y al espíritu emprendedor en general; el de América aludía al Nuevo Mundo, emancipado y fraterno, como lo cantaran Rubén Darío, José Martí o Walt Whitman; el de Vida era el capricho de un padre que quería llamar a su hija con la misma fruición con que se dice «mi cielo»; el de Solidario se explicaba ingenuamente por sí mismo; el de Volney recordaba al ilustrado e intrépido filósofo que viajó por Oriente Próximo; los de Iris y Holanda se debían a la bella sonoridad silábica, más que a sus referentes semánticos; el de Oníbil, por último, evocaba en clave, como anagrama mal resuelto aposta, al héroe soviético Litvínov, demonio sulfuroso en la época en que el Caudillo del Ferrol blandía la sartén por el mango. Por cierto, Iris, Holanda y Oníbil fueron concebidos después de la traumática experiencia carcela-

ria. Sí, la vitalidad de abuelo Anelio era asombrosa. ¡Y tanto!: fuera del matrimonio tuvo un hijo más, llamado Floreal. Otro nombre retumbante. Otra historia para otra ocasión.